

FILOLOGÍA Y ESTÉTICA

ESTUDIO SOBRE LA NATURALEZA DE LA LENGUA LATINA
CONSIDERADA DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA FILOLOGÍA NATURALISTA
Y SEGÚN LA ESTÉTICA DE LA CREACIÓN ESPIRITUAL

I

Reaparecen los dioses antiguos en el horizonte ideal del arte nuevo.

Los clásicos dioses que fueron ya, en la divina Grecia, no obstante su pretendida filiación histórica respecto del más antiguo panteísmo asiático, modelos humanos que evolucionaron a medida que los hombres llegaron a ser más perfectos, pasando de la primera idea del poder a la sabiduría y, por fin, a la justicia, renacen hoy, en su ancianidad más que venerable, en su plasticidad infinita, como ideal vivo y fecundo que se transfunde en el sentimiento humano de la naturaleza. Así como un tiempo las ágiles formas de Alcibíades inspiraron la figura de Apolo, y el delicado perfil de Afrodita fué modelado a imagen y semejanza de los niños de Citeres, la reina Mab sigue dispensando sus dádivas en modernos cantos de vida y esperanza; reza su humana letanía nuestro más grande señor, el mito de los mitos, « Rey de los hidalgos, señor de los tristes »; renuévase el mito de Proteo por el arte clásicamente estupendo de Rodó; levántase el genio de la inmensa Pampa de granito, el « gigantesco viejo », « enjuto, lívido, sin barba », trágicamente humano como el clásico mito que dió el fuego a los mortales, y bajo la planta del viejo flaco, indiferente e inmutable, los eternos niños ateridos, flacos, miserables; surge

« en la serena curva de la ola incesante », « donde un amor de siglos se condensa », la « gloriosa anunciación del dios futuro », o sea el mito de nuevos triunfos de la civilización contra la barbarie, de nuevas victorias del hombre sobre el lobo, de nuevas conquistas de la ciencia sobre el infecundo dogmatismo unilateral; insinúase glorioso el « novísimo » mito de Eurindia desde las fuerzas creadoras de la tierra que le engendró a lo más vivo y profundo de la historia de la civilización humana, persiguiendo altos propósitos de autonomía civil y cultural.

En este renacimiento del mito en las formas del arte y de la filosofía que expresan las pasiones y los ideales del alma moderno, debe incluirse, y es justicia, el mito de Cassandra. Sí, mi señor lector : el espíritu simbólico de la hija de Príamo ha vuelto entre nosotros, y delirante predice desdichas y decepciones. Pero Cassandra, rediviva, ya no tiene desgarradas las vestiduras como cuando recorría las calles de Troya prediciendo a gritos la ruina de su patria; ya no permanece aislada en una torre del palacio de Príamo, despreciada por su propia familia, detestada por todos aquellos a quienes había herido con su desdén o contrariado con sus profecías. No : el mito moderno de la llorosa ninfa viste paños elegantes y busca vivir como mejor puede. Pero la desdichada todo encuentra mal, todo desprecia, para todo predice desastre y ruina.

A Cassandra manifesté, en un momento de expansión afectiva, la idea de escribir este libro.

— ¡Inútil! me dijo con voz llorosa, pero firme, en tono categórico que no admite discusión, y sin darme tiempo de exponer el tema, que como a todos los autores de este y del otro mundo debía parecerme (dulce ilusión) interesante y nuevo.

— Ninguno — agregó, después de un silencio, como si recitara en un drama de Benavente, — ninguno lee libros en este país, y, por otra parte, ya todo está escrito en Europa, es decir... en Alemania.

Cassandra renovada, pensé, se ha apoderado de atributos que históricamente pertenecen a otros mitos, por ejemplo, el orgullo de Midas (y algo más que el orgullo). Cassandra ignora que para el espíritu que obra no hay privilegios que no dependan

directamente de su propia actividad original; para el espíritu, se entiende, que asimila como hace el cuerpo con el pan cotidiano y no imita como *vile pecus*; para el espíritu que tiene fe sincera en el trabajo constante que se funda en la conciencia de sus mejores aptitudes y mira a transportar el ideal a la realidad en que vive, amá, sufre y espera. Tanto más universal será el producto de la actividad del espíritu, cuanto más profundo el rincón de su íntima naturaleza, en el que su auto-examen imparcial y metódicamente habrá podido penetrar.

Infinitas son las apariencias en las que Cassandra fija, según el ambiente en que actúa, su esencia, que es siempre *una*, y es puro espíritu de contradicción. A veces, para destruir, le basta un chiste, o una palabra pronunciada con la solemnidad con que Salomón debió de ordenar que se partiera por mitad a ese pobre chico reclamado a la vez, como propia entraña, por dos madres. Otras veces, cuando el mito agota todas las vaguedades del color y las modulaciones de la voz, le basta, para despreciar a aquél o aquéllos que quizá no llegará nunca a comprender, una sonrisa, esa sonrisa inefable que es como una flor colocada a guisa de muestra sobre un tonel lleno de sabiduría comprimida, y que parece aludir al célebre verso del Dante: « *E questo fia suggel che ogni uomo sganni.* »

Pero a nosotros interesa, para que nuestros jóvenes amigos tengan cuidado con una falsa generalización lógica que, por la forma como se presenta, se impone a su consideración, examinar la opinión negativa que la ciencia infusa (no siempre extraoficial) de nuestro celebrado mito ha manifestado en varias ocasiones a propósito de la eficacia de los estudios que se practican en la Universidad.

Dicha opinión se funda en esa especie de *fièvre des âmes*, que atormenta a los espíritus inquietos de todo el mundo civil moderno, incitándoles — entre mil otras cosas — a preparar reformas escolares en las que es lamentable la influencia de la política, la falta de precisión y poca claridad en las ideas acerca del verdadero objeto de la instrucción y educación nacional, polémicas apasionadas, huelgas, rebeliones, cuestiones y proyectos que, indudablemente, aciertan las *mejores intenciones* de

muchos ciudadanos preocupados de tan importante asunto, pero que se traducen muy a menudo, y casi sistemáticamente, en programas efímeros y superficiales, anulados, corregidos o reemplazados antes de haber recibido la sanción del tiempo y de la experiencia; reformas contradictorias debidas al uso inmoderado que cada cual tiene, con o sin la debida competencia en la materia que trata (competencia siempre indispensable para *boxeadores*), no sólo de expresar su opinión, sino de indicar y de imponer, si la contingencia de la política lo permite, su procedimiento y remedio. En Italia, bastó a un personaje masónico un cuarto de hora de gobierno como ministro de Instrucción pública para imponer en los escuelas el estudio de la obra de Mazzini: *Dio e popolo*. Hoy, por análoga contingencia, comparable con el *punto de apoyo* reclamado por Arquímedes, es lícito a un profesor de filosofía desvirtuar el verdadero principio de la escuela laica que nunca ha sido y no podía ser anti-religioso, olvidar el espíritu y método histórico que debe dominar en la enseñanza pública y que representa la mejor conquista universal de la filosofía hegeliana, imponiendo en las escuelas, a la dependencia de su gobierno, una catequesis confesional. Un simple decreto del sucesor del actual ministro bastará para conseguir que la gloriosa instrucción pública italiana... *torni all'antico*.

Ahora bien: en cuanto a la Universidad cuya importancia Casandra pone en discusión, debes, mi querido señor lector, tener en cuenta la psicología de los profesores universitarios. Releamos este pasaje de la *Apología de Sócrates*.

— «Dudé algún tiempo sobre el sentido del oráculo, hasta que al fin, después de mucho trabajar, se me ocurrió hacer el siguiente experimento. Fuí a la casa de uno de nuestros conciudadanos que pasa por ser uno de los más sabios de la ciudad; y esperaba que allí, mejor que en ninguna otra parte, me sería dado refutar el oráculo y presentarle un hombre más sabio que yo, aunque él me hubiese declarado el más sabio de los hombres.

«Examinando, pues, este hombre, cuyo nombre no hace al caso, bástenos saber que es uno de nuestros más eminentes políticos, y hablando con él, hallé que todo el mundo le creía

sabio, que él también se lo creía, y que, sin embargo, no lo era. Hecho este descubrimiento, me esforcé en demostrarle que no era lo que creía ser; y ved aquí lo que me hizo odioso para este hombre y sus amigos, que asistían a nuestra conversación. Cuando me separé de él, razonando conmigo mismo, me dije: Yo soy más sabio que este hombre.

« Ni él ni yo sabemos ninguna cosa extraordinaria; pero hay entre los dos la diferencia de que mientras él cree saber, aunque nada sabe, yo, que nada sé, nada creo saber.

« Luego en esto, aunque poco, yo soy algo más sabio que él, pues no creo saber lo que no sé. Fuí luego a la casa de otro que era reputado por más sabio que el primero, y hallando lo mismo, logré atraerme nuevos enemigos. Pero no desmayé, y fuí a ver a otros individuos, sintiendo hacerme así aborrecido y temiendo las consecuencias, pero pareciéndome sin disputa que debía preferir a todas las cosas la voz de Dios, y para encontrar su verdadero sentido, ir de puerta en puerta buscando los hombres de más reputación. Y ved aquí atenienses, todo el fruto que de mis indagaciones he recogido, porque debo deciros la verdad: los que pasaban por más sabios fueron los que menos me lo parecieron y hallé mejor dispuestos para la sabiduría a los que menos reputación tenían. » *Lucrecia romana...* aviso para el lector.

La psicología de profesores universitarios varía desde el caso típico del metafísico Fausto, que en su casa, solo, confesaba sinceramente: « Me llamo maestro, hasta me llamo doctor, y diez años ya hacen que voy engañando a mis alumnos por todos los medios, porque veo que no podemos saber nada », hasta el dogmático empedernido e intolerante, para el cual no hay « dudas » sobre sus propios errores y su propio valer. Una conciencia de investigador desarrollada a la manera de Haeckel, no admitirá discusión alguna sobre este punto, por ejemplo, de que hay sólo una clase de ciencias capaces de responder a las preguntas más profundas del pensamiento humano, a saber las ciencias naturales que explican todos los enigmas del universo, todas las maravillas, todos los problemas de la vida.

Para los discípulos de Hegel y Schopenhauer se puede explicar el universo sin tener siquiera un conocimiento elemental

de la ciencia física. Un filólogo que haya consumido medio siglo de su vida laboriosa como la de la hormiga e inteligente como la de la abeja en el estudio de códices, en verificaciones paleográficas y en comprobaciones gramaticales y lexicológicas, no verá más allá de su campo de acción sino fáciles vulgarizaciones, inútiles digresiones, improvisaciones y teorizaciones puramente verbalistas.

Y bien: esta especie de unilateralidad cultural para cuyo triunfo se lucha con la fe perseverante del cenobita — y que informa, a veces, todo un plan de estudios, cuando el investigador deja el laboratorio o la biblioteca donde perseguía con trabajo constante, solitario y desinteresado, como soldado en trinchera, sus más ardientes ideales, y acepta la autoridad directiva que el poder electivo le confiere, — es consecuencia fatal del hábito del verdadero sabio especialista.

La penetración en el método, y la concentración constante de la atención sobre el grupo aislado de los fenómenos que investiga, y sobre todo el principio de la conducta que impide dilatar la esfera de indagación a campos extraños para no perder nunca el dominio de la materia — *Chi troppo vuole nulla stringe*, — modifican el carácter del hombre de manera que sus especialidades forman como una sola imagen universal, crean una única concepción del universo, como si el cristal de su visión no tuviera sino un solo color. Y bien: desde cierto punto de vista, eso de la especialización investigadora es una fatal necesidad de la vida y del progreso de la Universidad.

El profesor, el investigador, hombre de laboratorio o de biblioteca, representa la molécula consciente que incorpora su esfuerzo obscuro y pasajero al edificio milenario y nunca terminado de civilización que la Universidad representa. La Universidad es como el grande « devenir » hegeliano, en el cual pasa a formar parte la verdadera conquista, el elemento vivo y perdurable de verdad, que integra lo unilateral, compone todos los conflictos determinados por visiones parciales o dogmáticas individuales, en una marcha colectiva huérfana de « servio encomio », en un perpetuo conocimiento ascendente y solidario hacia el supremo ideal de la síntesis definitiva que reduce todas las variedades a la unidad. Puede perderse la noticia de que en

junio 22 del año 1633 prelados y cardenales declararon : « *Terram non esse centrum Mundi, nec immobilem, sed moveri motu etiam diurno, est item propositio absurda, et falsa in Philosophia, et Theologicæ considerata ad minus erronea in fide.* » (La doctrina de que la tierra no es el centro del universo ni inmóvil, sino que se mueve siempre con una rotación diaria es absurda y falsa; filosófica y teológicamente considerada, es un error contrario a la fe.) Pueden olvidarse las dos fechas históricas, 1819 y 1822, en la primera de las cuales las obras de Galileo, Copérnico y Keplero, estaban incluídas en el índice de libros prohibidos, y en la segunda salió el decreto que permitía la impresión y publicación, en Roma, de los libros que enseñaban el movimiento de la tierra al rededor del sol. Esencial para los fines del humano conocimiento es el hecho de que en su *devenir* se introdujo el principio indestructible de la legitimidad científica de los problemas cósmicos negada por los teólogos del siglo XVII.

Muy interesante nos pareció, pues, sobre todo para la educación de las mentes juveniles, estudiar en este libro uno de esos conflictos que hace sonreír a Casandra, entre los transigentes cultores especialistas de la filología naturalista por un lado, y los que identifican la lingüística general con la estética considerada como ciencia de la expresión, por el otro.

II

Piensa, joven lector, en el momento culminante del triunfo de la filología comparada. Aclámense como profetas a los primeros arquitectos del edificio gigantesco, a Leibnitz, Hervás, Adelung. La gran ley de la *rotación de los sonidos*, descubierta por Grimm, despierta el mismo entusiasmo que en los cultores de la psicología experimental provocó la ley de Weber y Fechner. Hasta se habló de una alta misión histórica que tan admirable ciencia debía cumplir, al enseñar que los ascendientes de indios, persas, griegos, romanos, eslavos, celtas y germanos, vivían formando una sola tribu y se producían en uniforme lenguaje. Hasta se habló, en aquel entonces, de confirmaciones maravillosas del gran principio de la solidaridad humana. Y no debemos ir muy

lejos para tener una idea bastante clara de ese movimiento científico.

Es suficiente elegir como representativos de este movimiento, considerado en sus dos fases fundamentales de la historia comparada de los idiomas clásicos y de la historia comparada de los idiomas neolatinos, a Vicente Fidel López, Matías Calandrelli y Baldmar Dobranich, dignos representantes de todo un núcleo de beneméritos cultores de la filología en la República Argentina, campo siempre abierto para todas las manifestaciones culturales más altas no sólo en épocas, como la actual, de profundo y real respeto hacia la libertad considerada en sus tres aspectos ideales más nobles y fecundos para la civilización humana (libertad de conciencia, libertad de imprenta, libertad en la investigación y crítica científica), sino también en esos tiempos difíciles, cuando el libro se introducía en esta bendita tierra como contrabando...

López funda su disertación sobre el principio de Max Müller: *The object and aim of philology in its highest sense, is but one: to learn what man is, by learning what man has been* (1). Los idiomas no pueden haber nacido desnudos, pobres, ignorados. Si bien no se ha alcanzado tener una solución completa de problemas tan importantes como la filiación de los idiomas, y el descubrimiento del primer tipo de lengua, sobre que han hecho sus espirales históricas los idiomas, no puede dudarse, según López, que en cuanto a las lenguas arianas, la filología comparada (definida por nuestro autor como « la autopsia de las palabras y de las formas gramaticales ») ha llegado a establecer que todas las formas del griego y del latín, con el gran caudal de sus raíces y de sus acepciones se encuentran en el sánscrito bajo su estado más puro y más completo. López proclama con la fe de un cenobita, que el sánscrito forma una lengua aria más pura y más completa que el latín y el griego. Pero, nuestro autor pertenece a la época en que ya no se considera el sánscrito como el primer soplo con que la lengua humana extendió sus alas a la superficie de la tierra. El sánscrito, pues, repite López, no fué tipo originario, sino una lengua hermana y para-

(1) MAX MÜLLER, *A History of ancient sanskrit literature*, página 8.

lela del griego y latín, salida de un tronco común y primitivo que se pierde en los misterios de una antigüedad mucho más vasta, probada por hechos constitutivos de esas mismas lenguas, es decir, por la contextura propia de ellas, que revela su descendencia del seno de una madre común.

Las tres lenguas, pues (sánscrito, griego y latín), tienen relaciones de consanguinidad; pero López se apresura a demostrar que el latín no deriva directamente del griego, en la misma forma y modo en que el español, el portugués, el francés, etc., derivan del latín. Modos como los supinos *ama-tum*, *doc-tum*, *lec-tum*, *audi-tum*, o bien los gerundios *aman-dum*, *legen-dum*, *docen-dum*, *audien-dum*, son enteramente ajenos y desconocidos a la conjugación griega. Así, las terminaciones o inflexiones en *bam* (ama-bam) y en *bo* (ama-bo, doce-bo, time-bo, vide-bo) que caracterizan el pretérito imperfecto y el futuro, carecen totalmente de toda analogía o procedencia. Y hay formas latinas, como *septem* y *decem*, más llenas, más perfectas y evidentemente más primitivas que las correspondientes griegas. Y los arcaísmos de la vieja lengua del Lacio conservan con mayor integridad la antigua herencia sánscrita.

Notables son las comparaciones y las analogías de las que López se sirve para aclarar sus ideas. Así, respecto del sánscrito, la época de los vedas o de los himnos religiosos y sacramentales de la raza primitiva y la época clásica de los poemas y de los dramas, López compara a la lengua del Fuero Juzgo y la lengua de Cervantes respecto de la moderna.

El hecho de que el sánscrito, después de haber dejado de ser lengua viva, continuó estudiado y trabajado por los brahmanes, recuerda a López que también el latín, después de los días del imperio romano, continuó imperando por la Iglesia y por la literatura, como idioma religioso y literario, sobre las naciones modernas o neolatinas que se habían desprendido de su seno.

Con mucho entusiasmo López hace notar, en esta primera parte de su trabajo, citando especialmente Wilkins, W. Jones, Colebrooke, Chezy, Bopp, F. Schlegel, Anguetil Dupettan que establecido el hecho de que las dos grandes lenguas de la civilización occidental, el griego y el latín, eran vástagos de una colonización prehistórica que había ocupado la Grecia y la

Italia, los espíritus se « echaron a rebuscar en el residuo de las lenguas y de los dialectos que habían quedado en los bajos fondos de la primitiva Europa, el secreto de sus formas y de sus procederes gramaticales ». Las vinculaciones de parentesco con el sánscrito que se descubrieron en las lenguas de los celtas, galos, godos, germanos, bretones, íberos, esclavones, lituanos, boios (Bohemia), umbrios y samnitas; el estudio de otras lenguas asiáticas, especialmente del grande idioma literario dominante en el centro del Asia, el *Zenda*, y sus analogías tan vivas con el sánscrito, « como las que ofrecen hoy (comparación que confirma la « forma mentís » y el procedimiento didáctico de López) entre sí el castellano, el portugués, el francés y las demás lenguas neolatinas que hablamos los hombres de raza indoeuropea »; esos idiomas abandonados ya desde una remotísima antigüedad, algunos de los cuales ya estaban reducidos a estado fósil durante el período griego y romano, prueban que el mundo antiguo, conocido bajo el nombre de India, Grecia e Italia, había procedido por una civilización *anterior y general* que había desparramado sus colonias del sur del Asia al norte, del Asia al Mediterráneo, a las costas atlánticas de la España, de la Irlanda, de la Bretaña francesa e Inglaterra. López hace suyo el epifonema exclamativo de toda la literatura filológica de la época: « ¡ Hallazgo maravilloso, capaz de conmover la mente menos impresionable: la uniformidad de la lengua y la familia humana que ha civilizado la tierra! »

Claro está que López no podía olvidar al dogma judío, según el cual la lengua original de las razas humanas era el hebreo, y la cuestión etnológica sobre si el hombre es de origen natural o de origen divino. En cuanto a la primera cuestión, López contesta citando los trabajos de Ewald, Gessenius, Rawlinson, Bunsen, que las leyes eufónicas, la contextura, las formas gramaticales, las raíces trilaterales del hebreo demuestran la divergencia anátomo-fisiológica de este idioma respecto de la naturaleza y organismo de las lenguas arias; y por otra parte establecen la inferior antigüedad del hebreo, respecto de las lenguas camíticas y arianas, los papiros egipcios anteriores de 1500 años a Moisés, que se conservan en los museos del Louvre, Berlín y Londres. (Esta noticia y otras consideraciones

histórico-críticas sobre la antigüedad del hebreo, se relacionan con la lectura directa de las obras de Ollivier Beauregard, *Les divinités égyptiennes, leur origine, leur culte et son expansion dans le monde*, y de G. Rodier, *Antiquités de races humaines*.)

En cuanto a la segunda cuestión, López salva integralmente los derechos de la fe, demostrando que el estudio del lenguaje comparado viene a ser estrictamente una ciencia natural, igual a la geodesia y a la botánica por el método y por la seguridad con que procede. La filología comparada, dice López, no trata de averiguar si Dios « haya creado un solo hombre, después de haberle preparado las condiciones climatéricas de su existencia » o bien, « haya incubado en ellos el germen de una creación múltiple y ocasional ». El lenguaje es un hecho natural y físico en su primera manifestación : es un producto natural de la garganta, y la garganta es un órgano musical puesto en el hombre para producir, desde su germen más simple, la más rica combinación de sonidos y acentos.

Acercándose más a la materia que trata Calandrelli en su diccionario filológico, es decir, al idioma castellano, López demuestra que el latín en el principio no fué sino uno de los dialectos arios establecidos ya en Europa antes de que Roma tuviese nombre siquiera en los hechos de la historia. Los yapinios y los etruscos, hablaban una lengua de naturaleza indogermánica, y por consiguiente de la misma familia del latín por su organismo gramatical. Entre las pruebas de conformidad de sus respectivas gramáticas estudiadas por Lepsins, Mommsen y Aufrecht, nuestro autor cita la *s* como terminación del genitivo ; *a*, *ia* como sufijos invariables del género femenino ; *al* como terminación permanente de los nombres patronímicos y metronímicos, etc. Más viejas que el latín en la península italiana eran las grandes lenguas de los umbrios, los sabelios y los oscos. Al tronco umbrio correspondían la lengua umbria propiamente dicha, hablada en la Romania y en la Umbria, y la lengua latina prevaleciente en el Lazio y en la familia Albana ; al tronco sabelio las lenguas habladas por los montañeses volscos y por los marsos cuya capital era Antino ; y al osco, la lengua de los samnitas, que se extendía por la Campania, la Lucania, y por las regiones brucianas de la Calabria.

López hace propia la afirmación de que estas tres familias de lenguas eran igualmente indoeuropeas y de familia aria, y con la misma antigüedad que el griego, el sánscrito y el zendá, y cita los hechos siguientes, que desume de las obras de J. Bunsen, *Outlines of the Philosophy of universal history, applied to language and Religion* y de H. Chavée, *Essai d'etymologie philosophique*: del mismo modo que la sílaba *sa* es la desinencia característica del genitivo *sya*, forma sánscrita, *sja* forma de las lenguas célticas de la Islandia, Irlanda y Bretaña, y bajo la forma de la *s* aspirada del genitivo inglés, así el latín reproduce las desinencias del tema *a* del género femenino de la declinación osca y umbria; la persistencia en el umbrio de la gutural *k* en vez del gutural media que prevale en latín (*Kvestur, Questor*); la antipatía en el umbrio y en latín a los diptongos *ai, an, oi*; el cambio de la *d* entre dos vocales por *r*; y por último, a propósito siempre de las afinidades del umbrio con el latín, cita la ley de Aufrecht, según la cual las palabras que se encuentran en las inscripciones umbrias, forman parte *únicamente* de lo más anticuado del viejo latín. Después de haber notado que el dialecto o lengua sabelia de los volscos y de los marsos, ofrece pocas diferencias comparado con el umbrio y las formas anticuadas del latín, y haber hablado de la lengua oscana como la más antigua de las lenguas de la Italia, López con un interesantísimo análisis filológico aplicado a algunos fenómenos patológicos del latín, demuestra la naturaleza derivada y secundaria de este idioma, y eso para insistir sobre la necesidad de pedir no sólo al latín sino al sánscrito la explicación de las palabras castellanas, como hace Calandrelli en su diccionario. Así, la radical *tar* con el sentido de fuerza, autoridad, acción, explica los derivados en *tri, tre, tir, ter, dor (tur), (crea-dor, escri-tor, canta-triz, no-dri-za, pa-dre, fra-ter-nal, maes-tro)*, y análogamente la serie de los sufijos *ivo, ia, ie, io, rio, no, eza, aza, azo, oso* (lat. *osus*, y anticuado *onsus*), *ble* (lat. *bilis*), dilucidan las familias de sufijos castellanos del mismo carácter relat-ivo (*ivo* = lleno de) progen-*ie*, potenc-*ia*, gen-*io*, preca-*rio*, porte-*ño*, insa-*no*, gener-*oso*, no-*ble*. A propósito de este último sufijo, López nota que tiene su base y origen en la palabra sánscrita *B' lác* (mostrar, hacer brillar) cuya *a* radical se ha atenuado en *i* en la lengua castellana (bri-

llar), en alemán *Blicken*, en inglés *to blink*, en francés *briller*, mientras que el latín la reproduce unas veces como *u* en *fulgere* ($f = b'$) y otras como *a* (en *fla-grare*) con sentido demostrativo, de hacer ver, de hacer brillar; y así se explica por sí mismo el sufijo *ble*, de *ama-ble*, *no-ble*, *sensi-ble*.

Menos prolijo es el estudio de López sobre prefijos. En efecto, nuestro autor se limita a un solo ejemplo: el radical sánscrito *Dvis* (dos) que ha dado origen a dos formas diversísimas del numeral dos (*bis* = *d-vis*, perdiendo la *d*) y dos (= *d-vs*, perdiendo la *i*); y de aquí tenemos *vi-dere* (ver por los dos ojos), *bi-dente* (de dos dientes), *bi-pedo*, *bi-gamo*, *vi-sión*, etc., y también *dis-tingo* (separar en dos = *dis*), *dis-traigo*, *dis-iento*, *dis-uena*, *divido*, etc.

¿ Y las filtraciones semíticas que dejaron su sedimento en las lenguas y dialectos españoles ?

López resuelve a esta cuestión en forma original. Por más palabras árabes y hebreas que se hayan filtrado en el vocabulario español, afirma nuestro autor, eso ha sido un mero accidente, que, hablando filológicamente, ha dejado a la lengua enteramente ajena y diversa de la familia semítica. Para demostrarlo, López cita las palabras *alfajor*, *alambicar*, y se pregunta ¿ cómo conjugamos, cómo declinamos ese verbo y ese nombre ? Si es indubitable el origen árabe de ambas voces, es innegable también que desde que las conjugamos y declinamos en español, la infiltración y raíces tomadas del árabe o del hebreo no han alterado en lo mínimo la naturaleza indogermánica o neolatina de la lengua en que han entrado; y que esa infiltración lo único que probaría en caso que hubiera desaparecido de la historia la noticia de las conquistas, y hasta la existencia de una razón árabe, sería « que en un momento dado de los siglos, las lenguas y las razas africanas habían tenido un contacto indisputable en el gran drama de la humanidad, con los pueblos de las razas y de las lenguas de la España ».

La parte más original del estudio de López se refiere a la opinión de muchos sabios en atribuir el origen de las lenguas arias, que hablaron los pueblos de la antigüedad y que seguimos hablando, al influjo y a las emigraciones de una tribu, o de una familia de tribus, que concentrada al principio en las altas me-

setas del Iran, se han derramado desde allí, hasta los extremos en que los muestran los restos alterados de su lengua.

López declara disentir fundamentalmente de esta hipótesis. En la opinión de nuestro autor, no puede atribuirse a una tribu, a una raza, la obra colosal de poblar y civilizar el mundo prehistórico y perdido : eso ha sido la obra de una *civilización* entera en cuyos movimientos han andado enredados y removidos centenares de pueblos y de razas unificadas en un primer ensayo de amalgamación moral, por esa lengua típica « que fué probablemente conquistadora y modeladora de esa antigüedad primitiva sobre cuyos restos, después de un tremendo cataclismo, como el de la edad media, se organizaron los pueblos arios, de la misma manera que los pueblos neolatinos son el resultado de toda la civilización antigua y no de los simples movimientos de las tribus del Lacio... », de la misma manera que el Egipto acabó por hacerse griego; y que el Asia, subyugada una vez por Alejandro, quedó preparada con el resto del mundo para ser absorbida en la civilización romana, como ésta lo fué en los pueblos europeos que dominó. Para demostrar su tesis, López insiste en el caso de España, donde, después de ocho siglos de dominio, los árabes no pudieron aclimatar su lengua, mientras que dos siglos bastaron a los romanos para que la península entera se hiciese latina. Esto no se explica, según López, sino por una preparación anterior del terreno; y por eso fué que la conquista romana, ariana y asiática por la raza y por la lengua latina, habiendo hallado establecidos en España, lo mismo que en el resto de la Europa, pueblos de lenguas y dialectos arios, también (la palabra *iberos* está compuesta de dos vocablos perfectamente definidos : *ib* + *erios* o *airios*) pudo entenderse con ellos y absorberlos en un mismo idioma y en una misma sociabilidad. López ilustra, en este punto, la explicación de los vínculos de familia que unen la lengua castellana con el sánscrito y el zenda, a través del latín, y por medio de la refundición que hicieron de éste los dialectos ibéricos de antigua data establecidos en España, tomando datos, especialmente, de la introducción con que Pietet encabeza su famosa obra : *Les origines indo-européennes ou essai de paléontologie linguistique* y del *Compendium* de Augusto Schleicher.

Muy interesante es la observación que hace López, al finalizar su trabajo, a propósito de la necesidad del estudio de los dialectos españoles desde el punto de vista de la lingüística.

« Lástima es — exclama López — que el señor Calandrelli no haya podido, pues, tocar, en su grande obra, este valiosísimo aspecto de la cuestión. »

Pero, Calandrelli — en la fuerza de su conciencia como sabio — bien sabía que no debía ni podía salir de los límites de su preparación efectiva en la historia de los idiomas clásicos.

Por lo demás, el mismo López, que se demuestra crítico muy severo — demasiado severo, aun considerando por algunos únicamente las fechas, — de nueve trabajos que los eruditos españoles Francisco Rosal (año 1560), Bernardo Aldrete Rosal (año 1560), Mayans y Sicar (año 1737) dedican al estudio de los orígenes y etimología de los vocablos de la lengua castellana, no parece muy informado de la abundante y valiosa bibliografía de los hispanistas de España y allende España. Nuestro autor, como el mismo Calandrelli, no van más allá de la renovación de los estudios clásicos que se inició en la centuria XVIII con las investigaciones arqueológicas (realizadas sobre todo en Herculano y Pompeya con los restos magníficos de sus templos, sus circos, sus termas); adelantóse por la invasión de legiones de sabios en la Etruria, el Lacio, la Campania y la Magna Grecia en busca de inscripciones, monedas, estatuas, manuscritos, bronce, medallas y vasos; y se concretó a la formación de esa ciencia filológica que, desde el *Gran diccionario polígloto*, publicado por Catalina de Rusia en 1787 (ya Leibnitz había refutado victoriosamente errores acogidos por todos los filósofos y gramáticos de su tiempo, como el carácter matriz y universal de la lengua hebraica), el *Catálogo de las lenguas*, del jesuíta Hervás (1800), y el *Mitridates*, de Adelung (1806-1817), se extiende a las obras magistrales de los dos Schlegel, Bopp, Grimm, Curtius, Dietz, Pott, Spiegel, Weber, Zeuss, Kuhn, Lassen, Bonfey, en Alemania; Max Müller, en Inglaterra; Kerbaker, Ascoli, Gorresio, Lasinio, en Italia; Burnouf, Egger, Littré, Renan, en Francia.

III

El carácter de la filología que es propio de las obras de Calandrelli, y que él aprendió directamente del grande Maestro de historia comparada de los idiomas clásicos, Miguel Kerbaker (del cual yo también he sido discípulo), resulta más evidente en su *Gramática comparada de las lenguas latina y griega*, que él mismo llama fruto de su experiencia y estudio filológico, y que el autor dedica al mismo doctor Vicente Fidel López, don Juan María Gutiérrez y don Andrés Lamas, en testimonio de respeto y amistad. También Calandrelli funda su investigación en el principio de Max Müller: «Puede estudiarse las lenguas como el geólogo estudia las razas y las piedras, y hasta cierto punto como el astrónomo estudia las estrellas del cielo y el botánico las flores del campo.» Según Calandrelli, la lingüística busca arrancar hasta el más mínimo secreto del organismo del lenguaje de los elementos que lo componen, de los resortes que lo ponen en movimiento y de los engranajes de las varias formas bajo las cuales se manifiestan. Gracias a los incesantes esfuerzos de los sabios tiene hoy, dice nuestro autor, vida propia y sólidos fundamentos una ciencia ignorada, la ciencia del lenguaje.

La filología pudo penetrar en esta República por iniciativa del doctor Vicente Fidel López y del doctor don Juan María Gutiérrez, que crearon las cátedras de filología en la Universidad de Buenos Aires. La gramática comparada de Calandrelli fué la primera que se publicó en Buenos Aires con tipos griegos. La novedad que Calandrelli introduce en su gramática está en el hecho de que adopta el sistema comparado ya seguido por otros, y estudia, contemporáneamente, los dos idiomas latín y griego. No menos interesantes son las innovaciones que el autor introduce en su gramática, tanto en lo que se refiere al método de disponer la materia, como en lo que hace a clasificación de las palabras flexibles del discurso. En primer lugar, reduce las declinaciones de los nombres y adjetivos latinos y griegos a dos solamente, conforme a la división de las declinaciones griegas practicada por J. Curtius, y clasifica los verbos

latinos y griegos también según dos conjugaciones. Forman la primera declinación todos los nombres y adjetivos del tema en vocal *a* y *o* cuya desinencia se une al tema inmediatamente o sin vocal de unión, así como a la primera conjugación pertenecen todos los verbos cuyas desinencias personales se unen al tema inmediatamente y también sin vocal de unión. La segunda declinación comprende todos los nombres y adjetivos con tema en consonante, el que se une a la desinencia por medio de la vocal de unión, así como a la segunda conjugación pertenecen todos los verbos, cuyas desinencias personales se unen al tema también por medio de la vocal de unión. Esta armonía perfecta entre las declinaciones y conjugaciones de ambas lenguas no había sido hasta entonces establecida por ningún filólogo y, sin embargo, considerando el criterio que sirvió de guía a los primeros hacedores de lenguajes, no puede apartarse de esta división, sin desvirtuarlo, colocándolo en un terreno completamente diferente del que le conviene. A Bopp se debe la gloria de haber reducido primero a dos las conjugaciones griegas, colocando todos los verbos en omega en las primeras conjugaciones y las en *mi* en la segunda. Pero Calandrelli cambia el orden poniendo los verbos en *mi* en la primera y los en omega en la segunda conjugación. En segundo lugar, Calandrelli da a la primera, segunda y cuarta conjugaciones latinas el verdadero puesto que les pertenece, considerándolos como *contractas*, así como las conjugaciones griegas de los temas en alfa, epsilon y ómicron. En tercer lugar, Calandrelli trata todos los tiempos separadamente, enumerando los elementos de que se componen y todas las variaciones que sufren en la conjugación, y concordando, además, los tiempos de la primera con los de la segunda conjugación para la exacta inteligencia de las dos conjugaciones.

Notables son, también, las modificaciones que introduce en la sintaxis comparada grecolatina. Calandrelli se funda en el principio de que las lenguas clásicas al transformarse en lenguas neolatinas y neogriegas, obedecen a una ley del espíritu humano que se asimila a lo homogéneo y desecha todos los elementos exclusivos de una ciudad, un pueblo o una nación, y al mismo tiempo obedecen a una de aquellas grandes evoluciones de la historia que cambian los destinos de la humanidad, cual

acontece en la edad media, cuya figura asomaba con rapidez por entre los escombros del gentilismo. Bajo el calor de una fiebre destructora rebeláronse los ánimos contra todo lo pagano: monumentos, ideas, palabras. Las ideas nuevas penetraron en las palabras antiguas de un modo violento, y sin tener tiempo de crearlas adaptadas a las ideas nuevas, aceptáronse las existentes, mutilándolas, recortándolas, transformándolas. Creáronse algunas de primera necesidad, pues por primera vez oyéronse pronunciar palabras griegas o hebreas con un sentido especial, como pascua, ángel, presbítero, paraíso. Otras recibieron sentido extraño; la clásica *Deus*, significó el Dios de los cristianos; *Confessio*, *Charitas*, *Fides*, etc, aparecieron con un sentido completamente diverso de la significación que tenían en el mundo pagano. Mutiláronse, por otra parte, las desinencias; transformáronse los consonantes y las vocales internas de las palabras, creáronse artículos, preposiciones y comparaciones que las lenguas clásicas no conocieron. Nota, muy agudamente, Calandrelli que estas innovaciones se debían al instinto propio del carácter del pueblo en que se ejercía la presión violenta de un mundo nuevo de ideas sobre el antiguo.

El pensamiento nuevo rompió los diques de las formas. Los giros armoniosos del período ciceroniano, en que se dibujan las ideas como los matices de un cuadro, y varían los sentidos con acordes musicales que arrebatan, acometidos por las ideas nuevas se deshicieron dando lugar a cláusulas entrecortadas, quebradizas, lacónicas, que expresaban cosas más bien que ideas, sensaciones más que sentimientos, impresiones de la fantasía más bien que concepciones de la imaginación: manifestación verdadera de un ánimo excitado por emociones largo tiempo comprimidas. Esta vida nueva, según Calandrelli, infiltrada en las palabras clásicas, dominó las lenguas, abriendo un rumbo nuevo a la sintaxis y asegurando a los vocablos giros especiales, significaciones nuevas, designaciones diferentes y conjuntivas particulares de las preposiciones. La conexión gramatical y lógica de las preposiciones se amoldó a la naturaleza del lenguaje, entrando en él frases nuevas a reemplazar los antiguos modismos especiales, a representar lo más característico de la nueva forma literaria. Luego, cuando ya los ánimos se

hubieron tranquilizado, entró la reflexión a dar orden a ese nuevo mundo de ideas y palabras. Pero, nota agudamente Calandrelli, los clásicos paganos eran demasiado grandes para que se perdiesen de vista, y el mundo regenerado demasiado joven y preocupado para que fijase la verdadera correspondencia entre el sentido de las palabras antiguas y las nuevas, los giros del pensamiento clásico y los del pensamiento moderno; el uso de las palabras griegas y latinas y el de las vocablos neolatinos y neogriegos. No pudo determinarse la correspondencia de la sintaxis y del diccionario clásico con el diccionario y la sintaxis de cada una de las lenguas modernas, cuyo fisonomía se desvirtuó en mayor parte por dársele el aspecto grave de la lengua latina, borrando los rasgos característicos que le imprimiera el cuerpo desnudo del pensamiento moderno con la severa toga romana. A este propósito Calandrelli hace una observación que será muy útil a nosotros en el desarrollo de la tesis que se sostiene en este libro. La retórica inexorable, dice Calandrelli, obligó a las lenguas nacientes a correr por las mismas sendas tortuosas de la forma literaria clásica, sin reparar en que los giros nuevos del pensamiento no estaban de acuerdo con los antiguos, el sentido moderno de las palabras era contrario al clásico, los vínculos de las preposiciones y sus elementos no conservaban más las mismas leyes ni podían producir los mismos resultados.

Ahora bien: teniendo por base esta preparación insuficiente, y sin atender a la naturaleza de que disponían, los lexicógrafos sancionaron doctrinas monstruosas que fueron recogidas por los gramáticos y elevadas al carácter de leyes, las que, recopiladas e ilustradas, aparecieron con el título de sintaxis. Por ejemplo, el verbo latino *docere* fué traducido por *enseñar* pero no pudo darse a ambos verbos una construcción gramatical análoga, pues, mientras *enseñar* en español se construye con un acusativo, como complemento directo de la acción que expresa y un dativo que indica la persona a quien se refiere la acción del verbo, *docere* debe construirse en latín con dos acusativos. Luego resultó la contradicción de las dos sintaxis y de las dos relaciones diferentes que representan dos verbos que se han aceptado bajo una significación idéntica. Nadie podrá negar que

entre « enseñó la gramática a mis discípulos » y « *doceo discipulos gramaticam* » hay una diferencia muy notable debiendo considerarse como un idiotismo de las lenguas clásicas por hallarse tanto en griego como en latín el mismo régimen. Esta contradicción entre ambas relaciones de sintaxis, expresada por enseñar y *docere* no es más que aparente y procede de que el verbo latín no equivale a enseñar y también de que pertenece a una clase de verbos de los cuales carecen todas las lenguas modernas. He allí la parte original de la sintaxis de Calandrelli. En efecto, dice nuestro autor, hay en latín y griego una clase de verbos que tienen el nombre particular de causativos. La naturaleza de estos verbos consiste en « indicar una acción que obliga al objeto, sobre que recae, a producir sobre otro objeto una acción contenida también en ellos ». En ninguna de las lenguas modernas se hallan verbos de esta clase, y se debe al descubrimiento realizado por la filología comparada la explicación de esta anomalía. En efecto, el verbo *docere* es precisamente uno de los verbos causativos; la raíz *doc* deriva de la raíz primitiva *dic* del verbo *di-sc-o*, que se halla íntegro en el perfecto *di-dic-i*. La raíz *dic* significa aprender, y *doc* por tener sentido causativo significa « hacer que alguien conozca » « poner en estado de alcanzar, conocer, aprender, saber, etc. » Este es el sentido primitivo del verbo *docere* el que considerado en los efectos de su acción, significó más tarde « instruir de, sobre, en algo (*doceo te armis*, te instruyo en las armas) » o simplemente « instruir » (*studiosos discendi doceo*, instruyo a los que desean saber) o bien « hacer saber » (*docui per litteras*, lo hice saber por escrito) o bien « decir, predecir » (*quod de lacu Albano docuisset*, lo que había dicho o predicho del Lago de Alba); o bien « dar lecciones ». (*Magister apud me docet*, el maestro da lecciones en mi casa). Todos estos significados del verbo *docere* están en perfecta armonía y correspondencia con la traducción española, de tal modo que es suficiente, según Calandrelli, traducir en latín literalmente las proposiciones españolas para no hallar inconveniente alguno en el régimen de los verbos y en la relación de las proposiciones de ambas lenguas. El sentido causativo del verbo *docere* explica el régimen de los dos acusativos con una correspondencia perfecta, no solamente en español sino

también en las demás lenguas modernas. El verbo español *enseñar* es activo y como tal no tiene ninguna relación con esta clase de verbos latinos ni por el sentido, ni por el uso, ni por su origen. Derivó esta palabra de *in-signa-re* que significa *sellar, marcar, poner el sello en, indicar, etc.*, significados éstos que ninguna relación tienen con al verbo *docere*.

Otro ejemplo. El verbo latino *monere* fué creído equivalente al verbo español *avisar*, y guiados por este significado que se le atribuyó, los gramáticos no pudieron explicar por qué el verbo español se construye de un modo análogo a los verbos activos, y *monere*, en latín, debe construirse con dos acusativos, o con un acusativo y un genitivo, o con un acusativo o con un ablativo. La razón de esta construcción latina depende del sentido diferente que tienen ambos verbos en cuanto pertenecen también a dos clases completamente diferentes. *Monere* deriva de la raíz *men* que significa *pensar*, según aparece en las palabras *men-s, me min-i, etc.*, cuya raíz al tener sentido causativo en *monere*, debe significar « poner en estado de alcanzar con la mente » o bien « poner en estado de conocer », de modo que las construcciones latinas *monere aliquem aliquid, monere aliquem alicuius ris, monere aliquem de aliqua re*, tienen por sus equivalentes las españolas « poner alguien en estado de alcanzar, comprender, conocer algo ». El verbo *avisar* deriva del verbo de baja latinidad *ad-visare* que significa « ponerse en frente de algo, conocer la apariencia de alguna cosa », cuya base es el nombre *visu-s*, visión, fantasma, imagen, apariencia, etc., y cuyo significado debió ser antes neutro y después activo con el sentido de « presentar, mostrar el aspecto de algo ». Estas dos etimologías completamente diferentes llevan consigo diferencia de sentido y de uso de los verbos *monere* y *avisar*. Los dos ejemplos citados demuestran la novedad y originalidad de la sintaxis clásica de Calandrelli, porque no separa la misma del *Diccionario filológico comparado*, que permite al autor corregir las monstruosidades inventadas por los gramáticos con el nombre de reglas, explica las excepciones, el origen, el uso, el sentido de la palabra y en lugar de dar reglas descubre leyes inherentes a la naturaleza del lenguaje del espíritu humano, idénticos a sí mismo siempre que se hallen en la misma circunstancia. En su sintaxis griega

y latina, Calandrelli indica también las diferentes clases de palabras con su sentido, uso y relaciones que manifiestan en la oración, elevada a las categorías y tratadas desde un punto de vista general. Después de haber dibujado a grandes rasgos las relaciones gramaticales de las palabras, Calandrelli trata en su sintaxis las relaciones lógicas de ella. Los gramáticos, o no han mencionado del todo esta parte gramatical o la han apenas enunciado, considerándola como parte accesoria de la sintaxis y especial de la retórica. Muy interesante para nuestra tesis es el principio que Calandrelli sigue en su sintaxis, en cuanto ésta no debe concretarse únicamente a las relaciones gramaticales de las palabras, sino que debe penetrar también en el pensamiento que encierran, estudiando el orden de las ideas en los giros de la cláusula.

Preciosa, muy preciosa para nosotros es la declaración que hace Calandrelli con estas palabras: «Saber las palabras de una lengua, gramatical y filológicamente, no significa entender sus cláusulas»: se necesita conocer el orden lógico en que se manifiestan enlazadas y las leyes del pensamiento a que obedecen. La experiencia y la razón serán siempre las dos únicas fuentes de todo conocimiento humano. La sintaxis es estudio de la conexión gramatical y lógica de las preposiciones y sus elementos. Finalmente existe en la sintaxis de Calandrelli un trabajo especial de la naturaleza de las raíces indoeuropeas y de la formación de los temas y palabras griegas y latinas. Era ésta una parte completamente nueva, en cuanto se fundaba en estos principios enunciados por el mismo Calandrelli: 1° Al apoderarse del secreto de la formación de las palabras el estudio de ellas está gobernado siempre por leyes constantes y fijas: su sentido se desentraña con precisión matemática; 2° La memoria sirve como simple auxiliar de la inteligencia sin fatigarse en aprender miles de palabras sin enlace y sin asociación alguna; 3° Se conocen categorías de ideas que suscitan categorías de palabras con significado uniforme y con aplicación fija; 4° Los elementos de las palabras adquieren un aspecto universal que conserva la misma fisonomía en palabras aún de naturaleza diversa, y conociéndose la ciencia de la formación de la palabra con toda la circunstancia que la acompaña.

IV

Faltaba en la república un hombre que se dedicara al estudio histórico de la lengua y literatura castellana, según los principios científicos adoptados por cultores de las literaturas neolatinas como Díez (1), Meyerlubke (2), Menéndez Pidal (3), Egidio Gorra (4), Gottfried (5), Adolf Zauner (6), Federico Hassen (7), etc., etc.

Este hombre fué Baldmar F. Dobranich, gibraltarinero como Zinny, venido joven a Buenos Aires (para decirlo con la bella frase de un escritor argentino) « no en el bajel de los argonautas, buscadores del oro, sino en la barca virgiliana de Eneas buscadora de nueva patria ». Su *Gramática histórica de la lengua de Cervantes* es una espléndida síntesis de las leyes más importantes conocidas hasta entonces. La obra es un verdadero monumento de pedagogía práctica, en cuanto traduce en un lenguaje accesible a mentes juveniles el riguroso tecnicismo científico (8).

JUAN CHIABRA.

(1) *Grammatik der romanischen Sprachen*, Born, 1882.

(2) *Grammatik der romanischen Sprachen*, Leipzig, 1890, 1894, 1899.

(3) *Manual elemental de gramática histórica española*, Madrid, 1905.

(4) *Lingua e letteratura spagnuola delle origini*, Milano, 1898.

(5) *Die spanische Sprachen, Gröbers Grundriss der romanischen philologie*, Strassburg, 1904-1906.

(6) *Altspanisches Elementarbuch*, Heidelberg, 1908.

(7) *Gramática histórica de la lengua castellana*, Halle, 1913. Publicada en alemán en 1910.

(8) La familia del malogrado Dobranich entregó a la Facultad de filosofía y letras, realizando obra verdaderamente bella y conspicua, todos los libros, generalmente raros y agotados, reunidos por la laboriosidad y la inteligencia selectiva de un verdadero sabio, por el distinguido autor de la *Gramática histórica de la lengua castellana*, publicada diez años antes de la de Salvador Padilla.

Véase la continuación en la obra que será editada, en breve, por esta Facultad, y que lleva el título de este capítulo.